

## CAPÍTULO 1

William Fox atravesó las puertas de la Fundación Alcor Life Extension en Scottsdale, en el estado de Arizona. Dos pasos más atrás le seguía su secretario, Edward Steel, llevando entre las manos una carpeta que mostraba sobre la cubierta un anagrama de las empresas Fox repujado en oro. Después de pasar sin problemas el arco del detector de metales de la seguridad, se dirigieron al despacho del director de la fundación. No fue necesario que completaran el trayecto hasta la oficina. El director les esperaba a la puerta con talante de seriedad profesional.

–Bienvenido, señor Fox. Ya está todo preparado.

William Fox estrechó la mano del director y asintió sin decir nada. Instintivamente, se acarició con el índice y el pulgar el bigote blanco, en un gesto donde solo el secretario fue capaz de reconocer un leve síntoma de nerviosismo oculto.

–¿Quiere visitar en primer lugar las instalaciones? –inquirió el director–. Ya les expliqué el sistema a sus hombres, pero estaré encantado de enseñarle en persona el procedimiento hasta el último detalle.

–No. He leído los informes y conozco la trayectoria de su empresa. No necesito nada más.

–Gracias por la confianza. Puede estar seguro de que no le decepcionaremos.

El director, en silencio, acompañó a los dos hombres por unos largos pasillos pintados de colores muy claros y fuertemente iluminados. De fondo, sonaba una música suave que Fox identificó con Vivaldi. Al cabo de pocos metros, pudieron percibir el descenso de la temperatura ambiente y encogieron un poco los hombros buscando calor.

—A partir de aquí se nota el frío —constató el director—. Es inevitable.

Llegaron a una gran puerta metálica junto a la cual había una estantería de aluminio brillante con ropa médica empaquetada en plástico transparente.

—Antes de entrar tendrán que cubrirse la ropa, el rostro y las manos. Como comprenderán, nuestras medidas higiénicas son extremas. Nadie desea que penetren partículas nocivas del exterior.

Se quitaron las americanas y se pusieron unas batas y unos pantalones amplios sobre la ropa que llevaban. Fox y su secretario agradecieron la tela adicional, porque les reconfortó del frío del ambiente y les permitió entrar en calor por un instante. Finalmente, se colocaron las máscaras y unos guantes de látex. No había ningún órgano, salvo los ojos, que no estuviera protegido por aquel material esterilizado.

—Ahora ya podemos pasar —sentenció el director. Sobre un panel numérico tecleó rápidamente un código de dígitos y la puerta se abrió—. Adelante.

Pese a la ropa añadida, Fox percibió sobre la piel el frío intenso que emanaba de aquel lugar y lamentó haberse quitado la americana. Siguieron al director por un pasillo metálico jalonado de puertas a ambos lados y con números

asignados. Finalmente, se detuvo en el umbral de la que marcaba el número 6/14.

–Ya hemos llegado.

El segundo código de acceso tecleado por el director les abrió el camino hacia un espacio enorme en el que se alzaba un bosque de recipientes metálicos inmensos en forma de torre, alineados los unos junto a los otros.

–Estos son los vasos Dewar. Cada vaso está diseñado para contener cuatro cuerpos completos sumergidos en nitrógeno líquido. La temperatura que genera el nitrógeno es de 196 grados centígrados negativos. Como nos gusta decir, esta es la mejor sala de espera para el futuro.

–¿Dónde está ella?

El director cruzó media nave y se detuvo ante la cuarta torre.

–Descansa aquí desde esta misma mañana. Todo el proceso ha sido normal, los médicos han hecho un trabajo eficiente y han preparado el cuerpo para la conservación. No ha habido ningún incidente y todo se ha llevado a cabo tal y como mandan los protocolos de actuación.

Fox se acercó al enorme contenedor. Por un momento le entró un escalofrío y no supo si atribuirlo a la pena, al frío, o al hecho de sentirse rodeado por aquellas enormes chimeneas plateadas repletas de cuerpos muertos. Como si le leyera el pensamiento, el director continuó con un discurso que se notaba bien aprendido.

–Toda la gente que se encuentra aquí en estado de criogénesis no está realmente muerta. Simplemente, sus constantes vitales se han detenido por diversos motivos y la ciencia actual todavía no es capaz de hacerlas funcionar

de nuevo. Pero todos sabemos que es cuestión de tiempo que la medicina avance y estas deficiencias se corrijan. Entonces, no habrá ningún inconveniente para sanarlos y poder reencontrarse con sus seres queridos. Estas personas no están en un cementerio, sino que hibernan y esperan la primavera para retomar su vida.

—¿Puedo venir a visitarla?

—Siempre que lo desee. Pero no quiero que piense en su hija como en una persona a quien ha perdido definitivamente y a quien debe visitar para mantener el recuerdo. Es mejor que piense en ella como en alguien que está de viaje y que en el futuro, puede que dentro de muchas décadas, volverá.

—Se equivoca, señor director —la voz de Fox reverberó extrañamente entre aquellos recipientes metálicos—, mi hija volverá mucho antes.